En la piel de su pesadilla

Antonella Pizzo

Capítulo 1

Jeff Rignall caminó por su barrio aquella tarde de 1977. Con 26 años y la juventud a pleno salió a dar una vuelta. El frío no fue problema. La nieve pareció avecinarse. Miró hacia arriba y visualizó ese cielo grisáceo que posó sobre él. Era un buen día para tomar una copa y calentar el cuerpo.

Mientras se encontró en la búsqueda de un lugar para beber, su copa ansiada. Alguien lo halló a él. Un hombre agradable. En su auto. Se paró para llamar su atención y propuso que vayan juntos a tomar algo. Jeff pensó que sería una buena idea tener compañía. Y en ese extraño, no visualizó más que amabilidad y le inspiró confianza.

Cabello castaño. Corto. Con algún mechón blanco. Dejó entrever que era más grande que él. Flequillo para el costado formando una especie de jopo. Unos pequeños bigotes acompañaron su sonrisa. Cara regordeta. De tez blanca.

Abrió la puerta del acompañante. Se sentó observándolo y haciendo una mueca amigable. Voltio su mirada hacia la puerta que terminó de cerrar. Sintió en ese instante como un pañuelo húmedo, proveniente del asiento de su nuevo colega, se posó sobre su rostro.

El mundo comenzó a dar vueltas. Se movió, desdibujándose y luego queriendo volver. La imagen de esa calle de a poco se perdió. El cuerpo pesó. Las extremidades descansaron. Ya no tuvo poder sobre su cuerpo y la mente se apagó. Jeff entró en la oscuridad involuntaria.

El cloroformo de a poco dejó su cuerpo para que reaccionara. Abrió los ojos y se encontró en un lugar nuevo. Medio confundido, medio aturdido. “¿Dónde estoy?” Fue lo primero que se preguntó Jeff. De a poco, en su mente, reconstruyó lo que pasó. Volvió al presente y se encontró acostado de algún lugar desconocido. Sobre qué, no supo. Estuvo más preocupado al ver que su extraño colega se encontró allí, con él.

La figura desnuda del hombre extraño, se ubicó en aquel rincón, de lo que aparento ser un sótano. El ahora no tan amigable señor, empezó a mencionar lo que quería hacerle a Jeff. Mientras relució objetos de tortura. Se dio cuenta lo que le esperaba. Vio a través de la mueca sombría de aquel hombre. Solo esperó a que todo fuese una pesadilla.

El frío empañó las ventanas. La nieve finalmente cayó. Los copos blancos y congelados, tiñeron el pasto. La nieve rodeó a Jeff como si fuese un ángel. La helada lo despertó. No supo si lo que vio en ese momento era el paraíso congelado o si en el medio de la tortura llegó a perderse en el

dolor.

De a poco, movió el cuerpo. Sintió como cada parte de él pidió suplicio. En su mente, vagabundearon imágenes de lo que pasó. Cerró los ojos y la cara del extraño apareció. Un rostro que jamás olvidó. Supo que sería parte de sus pesadillas. Mal herido. Logró ponerse de pie. Con sus últimas fuerzas, se dirigió a buscar ayuda.

Nunca se imaginó que su pesadilla duraría tanto. Jeff solo quiso dejar atrás la oscuridad que lo rodeó aquel día. Pero no fue fácil. Se dirigió a la policía e identificó a su agresor. Pero ningún uniformado allí le creyó. Contrató a un abogado. Necesitó una voz más. Ese psicópata seguro ya encontró otra víctima.

Se enfrentó a una pelea con la justicia. Nunca creyó que podían darle la espalda a una víctima. En que clase de mundo se encontró. ¿Nadie vio la apariencia de Jeff? No se preguntaron que le pasó a aquel joven maltratado. ¿Qué pasó con la sensibilidad humana? Solo hubo una investigación que concluyó en libertad para el agresor.

Una mañana ya no tan fría. Jeff se encontró viviendo tratando de olvidar. El miedo fue su aliado. Noches sin dormir. Recuerdos que atormentaron. Terror de salir solo. Temor de no saber si ese rostro podría volver a aparecer.

Prendió el televisor para apagar su mente. Desayunó un café caliente y reposo sobre el sillón. El noticiero le mostró algo que no imaginó. Se encontró con una familia aturdida contando un hecho trágico. El hijo tardó en volver. Los padres lo esperaron hasta que la preocupación ganó. Siempre supieron donde se encontraba. Su hijo, les avisó donde iba a estar esa tarde. Lo fueron a buscar junto con la policía. Se encontraron con lo que no imaginaron.

Después de seguir con atención lo que comentaron. Se le cayó la taza de café. Sintió como su cuerpo se helo. Los escalofríos dominaron. Y el miedo se agudizo. Vio en la pantalla de su televisor la cara de su agresor. Era él. Finalmente, en la situación que esperó verlo cuando lo denunció. Manos esposadas detrás de la espalda. Símbolo de culpabilidad.

El extraño ahora tuvo nombre. John Wayne Gyce. Hombre que ocultó detrás de la amabilidad, una personalidad atroz. Se cargó 33 asesinatos. De los cuales Jeff, tuvo suerte de no llegar a ser parte. Por un momento, se visualizó como el posible 34. Pero la suerte corrió para otro lado.

Era una mañana cálida de 1994. Jeff miró por la ventana con su taza de café en la mano. El cielo se encontró limpio. No hubo nube dibujando sobre el celeste. Bajó su mirada. La posó sobre el pasto. Por un segundo, se vio acostado, rodeado de nieve. Con su cuerpo golpeado. Dolorido.

Cerró los ojos. Con pánico, volvió a abrirlos, el pasto recuperó su tono habitual. Verde. Brillante. Suspiró y pensó que ya era hora de seguir adelante. John Wayne Gyce se enfrentó con su destino. Murió ese mismo día. Condenado a pena de muerte. Ya era hora de continuar. La pesadilla se esfumó en el momento en que Gyce, dejó de respirar.